

A LOS AMIGOS

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al autor por sus amigos. en el salón del Club Católico al regresar de su misión diplomática en Espana y Francia. — 12 de septiembre de 1896.

SUMARIO: Contestando la bienvenida del prelado.-Agradeciendo á los amigos.-Yo creo, Señor; ayuda Tú mi incredulidad.-La obra literaria.-La labor diplomática.-Lo que es la fe.-El ciego de Jerico. -Los servicios á la causa católica.--Retribuyendo el abrazo de la

Todas mis ideas, todo cuanto se me ocurría decir en este momento embarazoso, para agradecer esta riente manifestación de afecto que me ofrecéis, señores, tiene que ceder el paso al reflejo de la impresión que me han producido las palabras que mi insigne prelado acaba de dejar caer en el fondo de mi corazón. Dejadme, pues, estar sólo con él por un momento.

No, excelentísimo señor. Mis correligionarios, la causa católica, vuestra señoría especialmente, no necesitáis de mí en la patria; lo que os hace desear mi permanencia entre mis hermanos, que yo también desearía, señor, no son mis méritos. Advertid que estáis padeciendo una paternal ilusión; advertid que estáis dando demasiado crédito á vuestro afecto, y que me estáis mirando al través de un lente que produce, en los ojos de vuestra alma generosa, una desviación tanto más sensible, cuanto mayor es la pureza y la diáfana curvatura del cristal; ese lente es vuestro corazón, señor, vuestro corazón todo transparencia. Nó, excelentísimo señor: ninguno de vuestros hijos, y menos yo, es necesario aquí para la causa católica, mientras estéis vos, que lo habéis sido y lo seréis todo para ella después de Dios; que le dais brillo, con el de vuestro nombre ilustre, que le dais luz, con la clarísima de vuestra inteligencia, que le dais la sal de vuestra prudencia, el calor vital de vuestros ejemplos, el nervio de vuestro carácter.

Yo me inclino, sin embargo, á recoger avergonzado, pero con gratitud filial, ese aplauso inmerecido que me tributáis, y lo guardo, como guarda el avaro sus monedas de oro, en el fondo de esta mi cerrada caja de caudales: mi corazón, mi memoria.

También recojo vuestro aplauso, señores, amigos míos ; también lo pongo conmovido entre mis joyas. Lo guardaré con doble llave, para sacarlo como consuelo en las horas tristes que vendrán, y para incluirlo oportunamente en el acervo hereditario que se re-

partirán mis hijos.

¿Qué os diré, después de eso, sobre los elogios que me habéis tributado? Porque es preciso que yo os diga algo, por más que nada tiene mayor intensidad que el silencio en estos casos. ¿ Deberé decir que no soy acreedor á esos elogios? Os confieso que tengo una aversión invencible á las fórmulas banales, á las palabras deshabitadas. Eso lo dicen todos en las circunstancias en que yo me encuentro; y yo debo buscar algo personal que deciros, señores; debo buscar lo más sincero, lo más real que se halle en mí, para corresponder á la sinceridad con que vosotros os equivocáis en favor mío.

¿ Recordáis, señores, la frase aquella del Maestro, en el Evangelio de San Marcos, « ayuda mi incredulidad »? Era un padre desgraciado, como lo recordaréis, que había traído ante el Salvador que pasaba, su hijo poseído por un espíritu mudo; el pobre padre le pedía su amparo. Jesús le dijo: Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree. Y el padre le contestó llorando: Yo creo, Señor, ayuda Tú mi incredulidad.

¡ Ayuda Tú mi incredulidad!

Yo creo, señores, en este momento, que no soy verdaderamente acreedor á esta vuestra manifestación de extraordinario aplauso; pero ¿ cómo evitar en mí mismo algún sentimiento de orgullo en presencia de esta espléndida fiesta, que me ofrecéis con tanta siuceridad, poniendo á prueba el temple de mi humildad de corazón?

Tengo que llamar á la Verdad, señores, tengo que llamarla en

ayuda de mi incredulidad.

Y con esa ayuda, puedo deciros con ingenuo corazón que realmente creo en lo que os digo.

Veamos, pues, esa verdad, señores.

Yo os he oído decir que celebráis en mí al poeta los unos, al digno representante de la patria en el extranjero los otros, al hombre de fe, al católico todos.

Festejáis al literato, al poeta. ¿Pero qué es en mí, señores, el literato? Apenas una parte de mí mismo, un accidente de mi vida, una forma mía, una forma amiga que pasó, que se fué con mi juventud primera. Muy poco ha quedado, como substancia, del paso de ese fantasma amable por mi vida, muy poco si se compara con vuestros generosos tributos; ahí están algunos cantos, sinceros es verdad, pero frágiles como esas mariposas blancas de muselina que aparecen en los soles de verano, y desaparecen como diluidas en el mismo sol que las trae.

Y esos mismos cantos, oh amigos, más que vosotros á mí, soy vo quien los debo á vosotros. Yo bien recuerdo vuestras manifestaciones, vuestros entusiastas aplausos en la época en que tales cantos sonaron en mí; recuerdo cómo la melodiosa repercusión de vuestro aplauso en mi alma, era en mí sugestión, estímulo, anhelo de merecer lo que se me decía; eran nuevos cantos, pero cantos vuestros reflejados en mi espíritu. Os estáis, pues, aplaudiendo á vosotros mismos, desde que es bien notorio que el poeta, si no es un genio extraordinario portador de mensajes inauditos, no es sino el intérprete del medio en que vive. Y es evidente, señores, que yo no sov un genio.

Pero también festejáis al representante de la nación que vuelve del extranjero, y también decís que en eso yo he merecido bien de la patria.

Eso ya es otra cosa, señores, eso ya es otra cosa. Os he prometido la verdad, y este es el momento psicológico de la sincera confidencia.

No podéis imaginaros cuánto os agradezco vuestro bullente tributo, que, como sabéis, otros de mis conciudadanos pensaron en ofrecerme conjuntamente con vosotros.

¡Si supiérais, amigos míos, cuánto ha pesado sobre mi alma esa representación de la patria en el extranjero, desde el momento en que, sin una preparación larga y especial, que no se adquiere expresamente entre nosotros, la acepté después de mucha vacilación! ¡Si pudiera describiros la impresión que yo experimentaba, sobre todo en los primeros tiempos, al ver enarbolada la bandera de la patria sobre mi casa modesta, convertida en pedazo desprendido de la patria misma, en el mástil del barco que me conducía, ó cuando la veía brillar en las escarapelas de mi uniforme diplomático!

Ah, señores, esa bandera tan querida pesaba terriblemente sobre mi alma, se transformaba en un fantasma casi amenazante. ¿ Cómo rectificar y dignificar mis actos? ¿Cómo velar suficientemente sobre mi mismo, sobre mi conducta, sobre mis palabras, hasta sobre mis miradas, para que las acciones mías no destiñeran jamás los colores simbólicos de nuestro honor, de nuestro decoro y nuestras glorias?

Esas datas que habéis recordado, señores; esos mis discursos que veo habéis seguido con interés, desde el pronunciado en nombre de América en el monasterio de la Rábida, desde las conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, ó en el Teatro Real, ó en los congresos del centenario, hasta las palabras dichas en lengua que no era la mía al poner mis papeles diplomáticos en manos del presidente de la república francesa, todo eso ha sido, os lo confieso ingenuamente, una serie de ansiedades, de sobresaltos, de verdaderos pánicos para mí; porque, al resolverme á ocupar una posición más visible que la estrictamente exigida por mi cargo diplomático, sabía que me colocaba en un puesto de mayor honor, es cierto, pero también de mucho mayor peligro, que acaso debía evitar. Y al alzar entonces la cabeza, y ver la bandera de la patria que me cubría, creía sentir salir de entre sus pliegues la voz severa de un espíritu, que yo reconocía perfectamente, y que me decía: aquí estoy. ¡ Cuántas veces hubiera yo pagado á peso de oro, señores, la facultad de desistir de un compromiso, ó de excusarme de subir á una tribuna! ¡ Cuántas veces habrá pasado por mi imaginación la idea, iba á decir el deseo, de una enfermedad, de un accidente cualquiera, así fuera el más desagradable, que justificara mi inasistencia á un acto solemne en que debía hacerme oir!

Yo no he podido descansar hasta este momento, señores; creédmelo, porque os estoy contando la historia de mi alma. La bandera de la patria es muy frágil, y al mismo tiempo muy pesada, para ser llevada en hombros al través del mundo, por quien la ama,

sobre todo, como yo la amo.

Hoy, oh amigos míos, hoy, que al fin recibo vuestro aplauso, y el de todos mis conciudadanos, experimento un gran reposo en el alma; siento, os lo confieso, un deleite inefable, y una gran necesidad de dar plena fe á lo que vosotros me decís: que no he sido indigno del depósito de fe que me ha confiado la patria; que he llevado con decoro su bandera, y que la traigo, si nó con mayor gloria, tal cual me fué entregada cuando menos: pura, brillante, digna del respeto de los extraños, como lo es del amor de los propios, de nuestro amor, oh, amigos míos, de nuestro apasionado, amor. Gracias, porque me hacéis creer en eso. Sí: yo quiero creerlo; yo debo creerlo.

Vosotros celebráis en mí también, y en primer término, al correligionario, al católico, al hombre de fe inquebrantable, al compañero de esfuerzos y de luchas.

Pero ¿ es realmente un mérito personal, señores, digno del tributo que me ofrecéis, el haber recibido de Dios ese don inapreciable de la fe, que constituye nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestra dicha?

Os he citado antes una frase inmensa del Evangelio. Otro recuerdo de la misma índole baja no sé desde dónde en este momento, y se posa en mi memoria: es el del ciego de Jericó. ¿ Lo recordáis? Estaba sentado cerca del camino pidiendo limosna; oyó tropel de gente que pasaba, y preguntó que qué era aquello. Cuando le dijeron que era Jesús Nazareno que pasaba, el hombre ciego comenzó á gritar: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.... Y, á pesar de los que querían hacerlo callar, seguía gritando el desgraciado con más fuerza: ¡Hijo de David! ¡Hijo de David!

¿Recordáis entonces á Jesús, señores? ¡Qué hermoso! ¡Qué grande! ¡ Qué bueno! ¡ Oh, el Hombre Dios! Se detuvo. ¿ Qué quieres que te haga? dijo al hombre sin luz. Y éste le respondió: Señor, que vea.

-Ve... Tu fe te ha hecho salvo.

Y el ciego vió, dice el Evangelio, y seguía á Jesús, glorificando

¡ Qué hondo es todo eso, señores! ¿ No sentís, como yo, que esas palabras divinas pasan como un escalofrío al ras de vuestra carne? ¡Qué vea!¡Qué vea! Eso es la fe, señores, eso es la fe: anhelo humilde y sincero de luz en el hombre; luz de Dios, palabra de Jesús de Nazaret, que abre nuestros ojos.

Libreme Dios de afirmar, señores, que no hay en el acto de creer un acto de nuestro libre albedrío; sin eso la fe no sería obligatoria, y menos meritoria. Sí, hay en nosotros el grito del ciego, la plegaria, el clamor al Hijo de David; pero ¿ qué es, señores, el grito del ciego, al lado de la palabra de Cristo: Ve?

La fe, señores, es, para el alma, lo que el aire para los pulmones: es necesario hacer algún esfuerzo de nuestra parte, es verdad. para respirarlo. ¿ Pero qué es ese esfuerzo, si se le compara con la presión que hace el aire mismo para penetrar en nuestros pulmo-

nes, y encenderlos de vida?

La razón humana, señores, el acto libre del que anhela ver, es el pequeño movimiento de inspiración hacia el cielo; pero la fe, oh amigos míos, vosotros lo sabéis y lo sentís como yo, la fe es el aliento, es el espíritu, es el Verbo de Dios que penetra en nuestra alma, y hace en ella la luz, le trae mensajes misteriosos, evidencias imprevistas que se abren en ella como estrellas fijas, claridades boreales que se levantan en los horizontes y nos marcan la eterna ruta del Norte.

Y dice el libro sagrado: Tú niegas al orgullo del sabio, lo que

revelas á la humildad de los pequeños.

Dejadme, pues, señores, colocarme entre los pequeños; dejadme humillar ante Dios, y ante vosotros, al sentir vuestros aplausos á mi fe, á fin de no exponerme á perder, con un acto de orgullo, esa fe que vosotros festejáis en mí, y que no es sino un don gratuito de Dios, un reflejo de su gloria, un soplo luminoso de su infinita misericordia sobre el pedazo de barro de mi corazón.

¿ Por qué recordáis, señores, servicios míos que decís prestados á la causa de nuestra fe católica, y que juntos hemos realizado? ¿ Puede acaso concebirse una fe que, siendo verdadera, sea inactiva, en nuestros tiempos sobre todo?

La indiferencia es la duda; la fe, señores, ó deja de ser tal, ó es dinamismo, es celo, es entusiasmo, es abnegación. ¿ Qué otra cosa que un acto de fe activa de vuestra parte es esta manifestación que ofrecéis á vuestro hermano en la causa de Cristo?

Yo personalmente no la merezco, oh amigos míos.

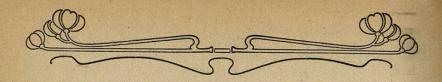
Porque, ó yo he realizado esos esfuerzos que decís en pro de nuestra causa, teniendo por móvil el cumplimiento del deber que me impone el don gratuito de la fe, ó los he llevado á efecto buscando los éxitos y los triunfos de la tierra. Si he perseguido esto último, vosotros no podéis tributarme vuestro aplauso; mis acciones no hubieran sido meritorias. Y si fuera cierto que he tenido la suerte de realizarlas buscando sólo la gloria de Dios, ¿ por qué me premiáis, ; imprudentes! tan ampliamente en la tierra, y no me dejáis un pobre saldo siquiera que hacer valer en el cielo? ¿ Lo queréis todo para vosotros, que habéis hecho lo que yo?

Oh, nó, amigos míos, no sois imprudentes, ya lo sé. Yo retiro la palabra, aunque bien habéis comprendido todo el íntimo sentido del

atrevido reproche. También yo os he comprendido á vosotros: es la ley del corazón, que es caridad entre cristianos, la que aquí impera, ley irresistible; es que vosotros me tenéis afecto por que si, y sentíais la necesidad, que yo también sentía hace mucho tiempo, de fundir una vez más vuestros corazones con el del hermano ausente, en este sitio en que tantas veces hemos sido una sola alma, un solo pensamiento, una sola aspiración.

Yo correspondo á vuestro abrazo de bienvenida, con toda la efusión de mi alma; yo pongo una vez más en vuestras manos la protesta inquebrantable de mi fe, de mi consagración á la causa de Jesucristo en nuestra patria; yo os pido, por fin, que me ayudéis á obtener de Dios la gracia necesaria para que esa fe no vacile en mi alma, y para que este vuestro viejo camarada no se haga jamás indigno de esta manifestación de que lo habéis hecho objeto, y con la que habéis comprometido más y más sus esfuerzos y su vida.





EL ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al Excelentísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Montevideo, Monseñor Mariano Solera á su regreso del Concilio Latino-Americano celebrado en Roma.

SUMARIO: Ofrecimiento.—Monseñor Soler, tercer obispo de Montevideo.

—Las circunstancias de su elección.—El Arzobispo de Montevideo en el Concilio Latino-Americano.—Concepto de que goza Monseñor Soler en el Vaticano.—Monseñor Soler se debe á su patria.—Las actuales perturbaciones del mundo, y la parte de responsabilidad que corresponde á los católicos en ellas.—La voz de León XIII.—El significado de las manifestaciones populares á Monseñor Soler.—El brindis filial.

Excmo. y Rvmo. señor:

A mí me corresponde, como presidente de la asamblea de católicos, el ofreceros este banquete de bienvenida. Os lo ofrezco, señor, en nombre de esa asamblea; os lo ofrezco en nombre de todos los que, sentados en esta mesa, creen que comen el pan y beben el vino de la casa paterna, porque vos la presidís y lo bebéis con ellos; os lo ofrezco en nombre del pueblo católico: de ese que habéis visto anteayer salir en masa enorme á vuestro encuentro, alfombrar de flores vuestro camino, y llenar las naves de nuestra catedral para recibir vuestra bendición; de ese que ha corrido á dar gracias á Dios porque os había protegido en vuestro viaje, os había iluminado en vuestra misión, y os había devuelto, por fin, al ósculo respetuoso y cariñoso de vuestro pueblo que os ama, que os venera, y que se enorgullece de su insigne prelado metropolitano.

La patria tiene ciertamente motivos para dar gracias á Dios. Fué Él quien la inspiró, sin duda alguna, cuando, con un movimiento vigoroso y unánime, luchó contra vos mismo, señor, para arrancaros del alma un ensueño generoso que quería arrebataros para siempre á la patria, y para mostraros en ella vuestro verdadero campo de acción; en ella, en esta tierra querida que os vió nacer, y á la que pertenecéis porque Dios lo quiere, porque nosotros lo queremos, y porque vos también lo queréis; fué Dios quien la iluminó cuando vió en vos el hombre predestinado á recoger la he-

rencia del doliente obispo mártir, y del primer obispo sembrador del Uruguay; fué Él, sin duda, quien la movió, cuando aclamó en vos por la primera vez, y aclama hoy de nuevo, la continuación de la tradición de inmaculada doctrina, de virtud y de celo, que constituye la serie de ilustres prelados que han sido el tesoro de nuestra patria; qué digo «han sido!» que son el tesoro de nuestra patria, porque las patrias, señores, se forman, no sólo de sus hijos vivos, sino también, y muy especialmente, de sus grandes hijos muertos.

La patria os ha seguido, señor, con avidez, en vuestras últimas importantísimas labores; os ha visto subir á la cátedra del Concilio Latino-Americano para pronunciar el discurso inaugural de esa memorable asamblea de nuestra raza, y ha sentido con gratitud, cómo se reflejaba en su nombre el brillo de vuestro carácter, de vuestras virtudes y de vuestro saber; os ha visto acercar al Vicario de Cristo, que os llamaba para consultar vuestras opiniones, y ha advertido cómo el augusto anciano escuchaba con atención vuestros dictámenes. Os ha visto, por fin, trabajar con energía y eficacia en el sostenimiento y adelantos del Colegio Pío Latino Americano de Roma, por el cual ya recorristeis una vez en peregrinación nuestra América Española; de ese Colegio Latino Americano, vivero fecundo del clero de nuestro continente, corazón que, unido intimamente al del representante de Cristo, derrama por las arterias de nuestra América la savia de la doctrina, y envía por todos sus ámbitos ejemplos de ciencia y de virtud, que, como vos, señor, y como esos dos prelados insignes que comparten con vos la paternidad espiritual en este banquete fraternal de vuestros hijos, son honra y prez de aquel colegio romano, y justo título de orgullo para sus patrias respectivas.

Pero la patria os ha seguido de lejos, señor, en vuestras labores en la ciudad eterna. Yo, que tuve la honra de gestionar, como enviado diplomático, la erección de la sede metropolitana de Montevideo; yo, que tuve la fortuna de recibir vuestra primera bendición pastoral, cuando recibisteis vuestra excelsa investidura, yo he podido ver de cerca todo el prestigio de vuestra persona en la ciudad eterna, y todo el respeto que habéis sabido conquistar allí con vuestras virtudes y vuestra inteligencia.

Yo os he visto atravesar la puerta de bronce en que termina la columnata del Bernini, y penetrar al Vaticano como á vuestra casa solariega; yo os he visto devolver, con noble inclinación de cabeza, el saludo de la guardia suiza de casco de bronce cubierto de crin blanca, pasar sereno ante la guardia noble, cruzar la semiobscuridad de las antesalas del cardenal secretario de Estado, y he oído, en pos vuestro, lo que vos no escuchabais ya: el acento de veneración con que se pronunciaba vuestro nombre en aquella casa que es el centro del mundo; el tono de admiración con que allí se decían los unos á los otros al veros pasar: « es el Arzobispo de Montevideo ».

CONFERENCIAS Y DISCURSOS - 10.

¡Oh!¡El nombre de la patria!¡El nombre de la patria pronunciado con respeto y admiración allá lejos! Gracias, señor, por los momentos aquellos de satisfacción que experimentó mi alma, al sentir reflejarse sobre ese querido nombre la luz solar y el prestigio que de vuestro nombre irradiaban.

Pero yo tuve ocasión de ver algo más fundamental que eso que deleitaba mis sentidos: tuve entonces ocasión de convencerme de que León XIII os tiene in pectore, y de que vuestro nombre no se confunde entre los de tantos prelados eminentes que cruzan constantemente por su pensamiento luminoso. El cardenal Rampolla me hablaba de vos como del hombre indiscutible y transparente; y oí entonces decir que el pueblo os llamaba allá en Roma afectuosamente il cittadino romano, no sé si porque quiere incorporar á sus glorias la gloria de vuestro nombre, ó si porque realmente vuestra figura clásica, reflejo fiel de vuestra alma serena y siempre fija en la esencia de las cosas, recuerda alguno de aquellos cardenales medioevales, en que el pincel de Rafael quiso immortalizar el tipo señorial de la nobleza romana.

Pero nó, señores; agradezcamos, en buena hora, ese testimonio de veneración y simpatía del pueblo católico de Roma, hacia nuestro insigne metropolitano; pero apresurémonos á decir que es nuestro. Él es y será siempre, con la gracia de Dios, el hijo fiel de la Iglesia Romana; pero es y será siempre, también con la gracia de Dios, el ciudadano ilustre de la nación oriental que lo reclama.

Sed, pues, el bienvenido, señor, al seno de esta vuestra patria que os esperaba y que os necesitaba.

El mundo entero atraviesa una época de caóticas perturbaciones y de pálidos desalientos. Vos venís de palparlo, señor, en la Europa revolucionada, que nos envía sus doctrinas y sus ejemplos. El siglo termina en un crepúsculo de cieno, después de haber comenzado en una aurora de sangre. Los ideales se van confundiendo y obscureciendo; la humanidad pierde el rumbo. Las promesas de la revolución anticristiana eran sangrientas ánforas vacías; se van extinguiendo también las esperanzas que se cifraban en restauraciones monárquicas ó en combinaciones puramente políticas, que prescinden por completo, cuando no hostilizan, el reinado social de Jesucristo.

Se busca la paz, y se enciende cada vez más la guerra; se busca la riqueza, y se aumenta cada vez más la miseria de la inmensa mayoría de los hombres; se busca calmar y satisfacer al pueblo, incitándolo á la conquista de sus derechos, y sólo se consigue excitar sus pasiones, desenfrenarlo, y hacer de él el más terrible de los enemigos que amenazan la paz y la felicidad sociales.

¿ Cuáles son las causas de ese deplorable estado del mundo europeo?

Las causas son varias, señores; pero nosotros debemos fijarnos muy especialmente en la parte que han tomado los mismos católicos en ese derrumbe de los grandes ideales en Europa. Los católicos, señores, adolecen quizá de un defecto fundamental: se toman

muy á menudo gran trabajo en hacer á sus contrarios el examen de conciencia; pero no siempre se preocupan de hacer debidamente el examen de la propia; se inoculan mutuamente el odio contra los tiranos exteriores de su causa, contra los liberales impíos; pero muy pocas veces se acuerdan de los cómplices de esos tiranos, de los propios defectos católicos, de la falta de obediencia á los prelados, y hasta al Papa mismo, de la adhesión apasionada á la propia opinión, de la indiferencia, de la soberbia, de la indisciplina dentro de las propias filas. Ellos han olvidado muchas veces lo esencial, para preocuparse sólo de lo accidental; ellos han pospuesto muchas veces la causa soberana del catolicismo, que es donde está la única salvación, á causas transitorias y puramente humanas; se han dividido, se han dispersado, se han combatido, se han aniquilado, ya persiguiendo restauraciones dinásticas ó ideales individuales, ya dejándose llevar de móviles políticos, con prescindencia completa de los ideales cristianos. Y ha sido necesario que León XIII les dé voces, que casi no se oyen entre el fragor de las luchas y preocupaciones políticas, para recordarles la causa soberana. « Nó, les ha dicho, no identifiquéis la causa de Dios con la de los hombres; no atéis la Iglesia á lo que pasa, porque ella es inmutable; no la amarréis á lo que lucha, porque ella es la paz en el mundo... La Iglesia, agregó el gran Pontífice, no se adhiere sino á un solo cadáver ; al de Aquél que murió en la Cruz, porque con El resucitará».

La voz de León XIII, señores, es la voz de la esperanza; ella y sólo ella puede salvar las sociedades vacilantes .

Ella y sólo ella debe dirigirnos también á nosotros los católicos uruguayos, en nuestros esfuerzos en pro de la felicidad moral y material de la patria.

Estas manifestaciones de que es objeto nuestro ilustre prelado metropolitano, manifestaciones católicas como jamás se habían visto en la ciudad de Montevideo, son una protesta de amor y de veneración á la persona de nuestro querido pastor; pero son también, acaso ante todo, una protesta de adhesión á las enseñanzas de León XIII; son también una protesta de la necesidad de unión y de organización que experimenta el pueblo católico uruguayo; son una voz que quiere llegar elocuente y vigorosa á los oídos del Jefe de la Iglesia, para decirle: aquí estamos.

Aquí estamos, pues, señor; vos sois el único representante del Vicario de Cristo; vos sois nuestro padre y nuestro capitán.

Queremos acompañaros, señor; queremos acataros y obedeceros. Marcadnos el rumbo, que los católicos uruguayos miraremos como luz del Norte el brillo de vuestro báculo y de vuestra cruz pectoral; que los católicos orientales seguiremos las cruces negras de vuestro palio, tejido con el vellón de los corderos de Santa Inés, como en otro tiempo seguían los soldados el penacho blanco del rey caballero, en las gloriosas batallas de la patria de San Luis.

Confirmad vos, señor, con vuestra bendición, nuestros propósitos

de unión y de fidelidad á la causa de Cristo y de su Iglesia libertadora. Retribuid nuestro saludo filial, saludándonos una vez más con la celeste frase del Divino Maestro: «La paz sea con vosotros».

Y mirad, ¡ oh señor! con cuánta cordialidad bebemos en vuestro honor la copa que levanto en este nuestro banquete fraternal, concentrando en la ternura de mi palabra la armoniosa vibración de los corazones de todos los que aquí estamos.

Señores: levantemos nuestra copa en honor de nuestro querido y venerable prelado. Que Dios bendiga nuestros votos antes de formularlos... Y ahora, señores, pidámosle que proteja su vida, que ilumine su entendimiento, que lo colme de felicidades, porque la lumbre de su espíritu será la luz de la patria, y la felicidad de su vida es la dicha y la alegría de sus hijos.





UNIÓN CATÓLICA DEL URUGUAY.

Discurso pronunciado en el tercer Congreso Católico Uruguayo, celebrado en Montevideo, el mes de Noviembre de 1900.

SUMARIO: El tercer Congreso Católico Uruguayo.—Un lapso de siete años.
—Causas.—La Unión Católica.—No se refiere á los artículos de la fe.—Tampoco á formas de gobierno ó tradiciones políticas.—Objeto característico de la Unión Católica del Uruguay.—El partido católico del porvenir.—Cifras de su programa.—Muertos, dormid; no es hora todavia.—El «leader » del futuro.—Clodoveo el sicambro.—Cristo vive, reina, impera.

Excmo. y Rvmo. señor:

Vengo á hacerme el intérprete del espíritu de este tercer Congreso Católico del Uruguay, el eco de vuestro propio espíritu, señores, y á proclamar, una vez más, la constitución de la Unión Católica en la república.

El actual congreso es la continuación del celebrado en Enero de 1893, continuación á su vez del primero de la serie, que tuvo lugar el año 1889, bajo la presidencia del Ilmo. Monseñor Yéregui, de santa memoria y perdurable.

Ha transcurrido, pues, un lapso de siete años, sin que los católicos, dispersos por el territorio de la república, se hayan reunido en estas fecundas asambleas, á pensar en lo que más aman, y á uniformar sus opiniones y sus esfuerzos, en pro de la causa de la civilización cristiana en nuestra vida cívica.

¡Siete años! Es indudablemente demasiado tiempo el que hemos pasado sin vernos, señores. Windthorst, la pequeña eminencia alemana, llamaba á los congresos católicos, que se reunían en torno suyo, nuestras maniobras de otoño. Si lo fueran entre nosotros, muy largo hubiera sido nuestro último invierno; muy enmohecidas tendrían que estar nuestras armas, y harto atrasados sus sistemas; muy entumecidas por el frío nuestras manos, y en extremo desteñidos por el sol invernal los colores de nuestra bandera.

¿Será que el anhelo por la gloria de Dios ha languidecido en el alma uruguya? ¿Es que realmente ha decaído el entusiasmo de